



Hena Choi
Crónica. Septiembre, 2009

En el subte



Huele a polvo en el aire, el polvo que tiene más de cien años. Sigo andando por un túnel estrecho. Paso a muchas personas que caminan rápidamente y a veces miran a sus relojes. Hay pósteres de la película *El secreto de sus ojos* en la pared, que iluminan el ambiente. Los ojos de Ricardo Darín en los pósteres miran a las personas que pasan con rapidez. Nuestros ojos se encuentran también, por menos de cinco segundos.

-Dos viajes, por favor.

El agente me echa un vistazo con una mezcla de aburrimiento y cansancio.

-2 pesos con 20.

Me doy cuenta de que no tengo ninguna moneda en mi cartera. Los labios del agente se retuercen un poco de frustración cuando él recibe mi billete arrugado de veinte pesos. Aunque no es algo muy íntimo, la conversación que tengo con el agente es el único contacto directo

con otra persona en este lugar. Después de pasar a más de treinta personas, finalmente llego al andén de la estación Tribunales. Hay sólo un andén, pero que conduce a las dos direcciones de la línea D: una a Congreso de Tucumán, la otra a Catedral.



Aunque dos personas estén esperando el tren en el mismo lugar, en el mismo momento, y en el mismo andén, ellos, sin embargo, pueden ir a direcciones completamente opuestas.

También hay un kiosco en el andén, donde se venden libros de filosofía y de pornografía a la vez. La mujer desnuda con sus ojos fuertes está riendo y al lado está Heidegger. Son como la yuxtaposición de Congreso de Tucumán y Catedral: ellos están tan lejos, pero tan cerca, por eso pueden coexistir. La coexistencia de la mujer desnuda y de Heidegger es el elemento crucial que construye el ambiente de esta estación: Tribunales.

Todavía huele a polvo. El polvo hace eco en el túnel tan oscuro y largo, que nadie sabe el origen de esta polvareda. También huele a Chanel, un olor que proviene de la mujer que está de pie a mi lado. Con sus tacos altos y la cartera de cuero, ella luce elegante.

Como si fuera una serpiente verde que se mete en su presa, la línea D llega con suavidad y se detiene en frente de mis pies. La puerta se abre y yo entro en el mismo vagón con la mujer del Chanel. Nosotras logramos encontrar dos asientos vacíos y nos sentamos al lado una de la otra. Ella baja en la estación Facultad de Medicina. Anda muy rápidamente para poder superar la muchedumbre – quizá sea su carácter, ser competitiva en todos aspectos de su vida, o quizá ella tenga alguien que está esperando a ella. Por su fuerte perfume, creo que la segunda opción es más probable. Después de que ella desciende, entra un hombre y se sienta a mi lado. Él tiene una barba de color café y pelo muy organizado - quizá demasiado organizado. Es una ironía que su barba no haga juego con su pelo. Él abre su mochila y saca un cuaderno que parece tan organizado como su pelo. Le hecho un vistazo al cuaderno y descubro que su apellido está escrito en la tapa: *Cohen*. Cohen es uno de los apellidos más populares entre los judíos. De hecho, hay una población significativa de judíos en Buenos Aires. La mayoría de ellos vinieron durante la primera parte del siglo XX, cuando había persecución de judíos en Rusia. Ellos llegaron a Once, el barrio donde hoy está instalada mayoritariamente la comunidad de los inmigrantes judíos, y son dueños de las casas comerciales muy prósperas. Aunque muchos se fueron de Once para otros barrios de la ciudad de Buenos Aires, todavía hay sinagogas y restaurantes kosher en Once, que son parte de la vida cultural del judaísmo. Quizá este Cohen, sentado a mi izquierda, cuyo nombre de pila no conozco, puede ser un descendiente de la pareja que cruzó el Océano

Pacífico durante veinte días para la libertad de su religión.

De repente para el subte y un grupo de jóvenes sube en la estación *Plaza Italia*: dos chicos y dos chicas. Creo que ellos son dos parejas: más precisamente, dos parejas apasionadas o "ciegos del amor." A ellos no les importa lo que piensan las otras personas en el subte. Para ellos, el subte es el lugar más romántico para besarse y mirarse con sonrisas cómplices. Ése fue el caso también cuando visité Italia hace algunos años. Caminando por las calles napolitanas, me pareció que no sólo los jóvenes sino también los adultos eran abiertos para expresar su amor en público. ¿Es una coincidencia que yo vea una escena similar en la estación de *Plaza Italia* en Buenos Aires? Quizá no sea una coincidencia – considerando que más de la mitad de los inmigrantes que vinieron a la Argentina fueron italianos, puede ser una influencia de la cultura relajada de Italia. De hecho, hay restaurantes que ofrecen pizza y pasta cada dos o tres cuadras. El castellano que se usa en la Argentina se parece mucho al italiano, especialmente en su pronunciación. Los inmigrantes italianos se asentaron en La Boca y San Telmo, barrios del sur de la ciudad, durante la primera época de la inmigración. Todavía hay conventillos en esos barrios, donde se instalaron los primeros inmigrantes italianos con sus familias. No es una exageración decir que la cultura italiana influyó en la formación de una cultura argentina.

No estoy segura si ya no hay más olor a polvo o si sólo es que mi nariz está acostumbrada al ambiente. El hombre que sube en Palermo, con su pelo rizado, está escuchando música en



su iPod, y hay una mujer con una mochila grande, que parece una viajera. El hombre que se está sentando enfrente de mí bebe agua en una botella de 2 litros, y la mujer, que está a su lado, vestida de amarillo desde la cabeza hasta los pies, se enrosca el pelo en sus dedos todo el tiempo. Según mi teoría, enroscarse el pelo es una señal que tiene interés en alguien. Quién sabe, quizá

esta mujer en amarillo se enamora del hombre que está bebiendo agua a su lado. Una mujer que se sienta a mi lado empieza a criticar a su suegra, y el pobre hombre sólo está de acuerdo con su esposa con un gesto de resignación.

-¡Tu mamá! Ella debió callarse más durante la cena ayer.

-Sí, lo creo.

-Me volvió loca. ¿Cómo puede hacerme esto, A MÍ?

La mujer empieza a usar las manos para expresar sus gestos, que es una prueba de que ella está enojada. Quizá algo pasó anoche, algo que le puso los nervios de punta a la mujer. El hombre no habla mucho, sólo da cabezadas afirmativas respecto de lo que dice su mujer.

Pobrecito, ¡qué perseverancia!

El tren pasa la estación José Hernández, y me doy cuenta de que estoy casi llegando. No

hay mucha gente en el tren ahora, porque estamos casi en la estación final de la línea D, que se llama Congreso de Tucumán.

J-U-R-A-M-E-N-T-O.

Las letras electrónicas que señalan la estación en la que estamos, cambian tan pronto como el tren empieza a moverse otra vez. Ya estoy en el barrio de Belgrano, que es un barrio conocido por su prosperidad económica, y también por la existencia del barrio chino cerca de la estación. La ola de inmigración asiática, principalmente de China y Corea, ha tenido lugar relativamente más reciente en la historia inmigratoria de la Argentina comparada a la llegada masiva de extranjeros de Italia o España. Buenos Aires es una ciudad donde el olor de ravioles con tuco, de Chanel, de la comida kosher, de la salsa de soja, y muchos otros más, todos mezclados. El hombre de traje formal y el otro que parece como no se ha duchado por una semana está sentando al lado uno del otro. Los jóvenes están besándose con pasión mientras el viejo cerca está leyendo el Clarín cuidadosamente. Están Heidegger y una mujer desnuda sentándose al lado uno del otro, y nada parece antinatural con esta coexistencia. ¿Pero cuál es la consecuencia de esta mezcla? Con todo, el producto de esta mezcla de aromas no es algo fantástico ni completamente nuevo, sino que es *el olor a polvo*, al que la gente ya está acostumbrada.

La serpiente sigue su movimiento a su destino final. Sólo una estación más, y en mi vagón del tren, sólo quedamos una botella de 7UP y yo. Una botella de 7UP que es tan verde,

que quizá ya perdió su gas, está tendida sobre el asiento enfrente de mí. Un hombre que bajó en la estación de José Hernández la dejó allí. La 7UP y yo nos miramos, una a la otra, durante nuestro viaje, como si fuera una escena de una película romántica: yo, muy recta, y ella, tendida cómodamente.



-¿A dónde vas? le pregunto.

No hay respuesta.

-Che, 7UP, ¿qué olor tenés vos? ¿Cómo contribuís a la diversidad y a la mezcla de Buenos Aires?

El tren para y todavía 7UP no me da ninguna respuesta. Con el corazón roto, salgo del tren rápidamente y desaparezco en el polvo.